

# LA APOLOGÉTICA: PREPARÁNDONOS PARA DEFENDER LA FE<sup>1</sup>

## 1. INTRODUCCIÓN

La apologética es la práctica de defender la fe cristiana. Se trata de responder a objeciones y presentar motivos para creer en Cristo. Cuando intentamos persuadir o convencer a una persona de la veracidad de Jesús, estamos haciendo apologética. Cuando investigamos sobre respuestas a preguntas difíciles que los no-creyentes nos hacen, estamos haciendo apologética.

Hay un sentido en que la apologética es *sencilla*. Debemos estar dispuestos a hablar de las razones por las cuales se debe creer en Cristo siempre que haya oportunidad. No obstante, nuestra apologética no debe ser *simplista*. Tenemos que usar argumentos válidos y eficaces. Debemos presentar estos argumentos de maneras adecuadas. Además, debemos tener la actitud correcta en nuestro encuentro con el no-creyente.

Por lo tanto, la apologética es una tarea que requiere reflexión y preparación. Y no solo son los ministros vocacionales los que deben prepararse para hacer la apologética; más bien, la defensa de la fe forma parte del discipulado y la vida cristiana de cada creyente.

## 2. DEFINICIÓN DE APOLOGÉTICA

Una definición más detallada de la apologética es la siguiente: *La apologética es una defensa inteligente de la cosmovisión cristiana contra todo tipo de incredulidad*. Desglosemos la definición en tres partes:

### 2.1. Una defensa inteligente

Si tuviéramos que escoger un «versículo lema» para la apologética, nos costaría encontrar uno mejor que 1 Pedro 3:15. Dice así:

...santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros...

Este texto sirve bien como lema en parte porque en él aparece la palabra griega *apología*, de la cual viene nuestro término «apologética». La similitud entre «*apología*» y «apologética» queda clara, aún sin saber el griego. En castellano, la palabra *apología* se traduce en 1 Pedro 3:15 como «responder» (NVI), «dar razón» (BLP), o incluso mejor como «presentar defensa» (RV, LBLA). Es un término con un sentido legal que habla de defender algo con argumentos. Con este término Pedro nos manda a estar siempre preparados para presentar una defensa de nuestra fe.

¿Tiene que ver esto con el testimonio personal? En algunos círculos evangélicos se ha puesto muy de moda en las últimas décadas la práctica de preparar y compartir el testimonio personal. El testimonio personal es el relato de cómo un creyente fue

---

<sup>1</sup> Este artículo fue publicado en *Síntesis* (2/2017).

convertido al cristianismo –una explicación de cómo era su vida antes de conocer a Cristo, las circunstancias de su conversión, y cómo Dios le ha cambiado después. Ciertamente el testimonio es bueno y es algo que se debe compartir con gozo. Puede darse durante el encuentro evangelístico, sobre todo en la medida en que la conversación se vuelve personal. Si nos preguntan por los cambios en nuestras vidas, debemos dar gloria a Dios y reconocer que es él quien obra en nosotros. Es más: estos cambios que el Señor obra en nosotros son evidencias del evangelio. Nuestras vidas deben «adornar la doctrina de Dios nuestro salvador» (Tit. 2:10). Contar el testimonio personal en este sentido puede tener poder persuasivo con el no-creyente, según la circunstancia.

No obstante, parece que lo que Pedro tiene en mente aquí va más allá. Cuando se trata de la veracidad de Dios y del evangelio, la defensa que presentamos debe tener un carácter público y objetivo. No se trata solamente ni de nosotros ni de nuestra respuesta subjetiva frente estas verdades, sino de su validez universal para todo ser humano. Sin excluir por completo el hablar de *cómo* nos convertimos (lo cual puede ser también una evidencia a favor de la fe), la apologética se trata principalmente de explicar *por qué* creemos lo que creemos, y por qué los demás deben creerlo también. Es difícil que un discurso puramente subjetivo resulte en una defensa convincente de la fe.

Podemos ver esta distinción entre el *cómo* y el *por qué* en el ministerio de Pablo. Pablo entendió que Dios le había puesto «para la defensa (*apología*) y confirmación del evangelio» (Fil. 1:7). A veces tuvo que defenderse a sí mismo contra las acusaciones de los judíos y de sus oponentes en diferentes ocasiones. En estos casos, hablaba de su «testimonio» –concretamente de su llamado y su experiencia con el Jesús resucitado (Gá. 1 y 2; Hch. 22:1 y 25:16 [¡precisamente dando su *apología*!]). Estos argumentos eran importantes para el funcionamiento de su ministerio. No obstante, parece que cuando no atacaban a su persona, Pablo daba argumentos públicamente verificables acerca de la veracidad del evangelio. Leemos, por ejemplo, en Hechos 9:22 que Pablo «confundía» a los judíos en Damasco, «demostrando que Jesús era el Cristo». En Éfeso, el apóstol se encontraba «discutiendo y persuadiendo» a muchos, dentro y fuera de la sinagoga (Hch. 19:8-9). En estos casos Pablo daba razones por las cuales sus oyentes debían creer. ¿Cuáles eran estas razones? Hechos 17 nos dice que Pablo «discutía» con los judíos *desde las Escrituras* (Hch. 17:2, 17). Este punto es importante, de modo que volveremos a ello más adelante. Por ahora, observemos que Pablo presentaba una defensa inteligente de la fe, en muchas ocasiones dando razones que iban más allá de su experiencia personal.

## 2.2. De la cosmovisión cristiana

Según Judas 3, debemos contender por «la fe que ha sido una vez dada a los santos». Esta «fe» es la fe cristiana, el contenido del mensaje básico (las doctrinas básicas) de la Biblia. ¿Cuánto de esta fe es necesario defender? Parece que toda. Tal vez no toda a la vez, pero tampoco debemos alejarnos del hablar de doctrinas difíciles. No debemos intentar vender una especie de cristianismo «light». Encontramos la misma idea en 2 Corintios 4:2, donde Pablo dice que se niega a andar con astucia y de adulterar la Palabra de Dios.

Dicho de otra manera, debemos estar preparados para presentar y defender la totalidad de la enseñanza bíblica, las partes atractivas y también las partes más bien ofensivas. Por ejemplo, hoy en día la enseñanza bíblica acerca de la homosexualidad va

a contracorriente. Tal como es la sociedad actual, es probable que tarde o temprano salga este tema en el encuentro apologético: «¿No es el cristianismo retrogrado? ¿Por qué el cristianismo no reconoce los avances sociales, como la aceptación de la homosexualidad? ¿Por qué negar a una persona su preferencia sexual, sobre todo si ha nacido con ella?». No debemos intentar esquivar tales preguntas y objeciones, sobre todo si resultan ser obstáculos serios a la fe de alguien. Tampoco debemos dar razones o emplear argumentos que la Biblia no emplea para cambiar o suavizar sus pronunciamientos sobre el tema. Debemos ser honestos: esto es parte de nuestra fe, ampliamente hablando. A la vez debemos confiar que «lo insensato de Dios es más sabio que los hombres» (1 Co. 1:25). Nuestro mensaje puede parecer poco atractivo y débil, pero no deja de ser el poder de Dios para salvación.

### 2.3. *Contra todo tipo de incredulidad*

Si la parte previa de la definición parece un poco extrema, esta lo parecerá aún más. Pedro nos está mandando a estar en condiciones de poder contestar objeciones provenientes de cualquier tipo de incredulidad. Como dice el texto: «estad *siempre* preparados [para dar respuesta] ante *todo el que* os demande razón». ¿Resulta ser un mandamiento absoluto!

Tal vez parece un mandato imposible. ¿Quién soy yo para contestar a las preguntas del profesor universitario? ¿Quién soy yo para contestar al filósofo ateo que sale por la tele? ¿Puedo yo estar a la altura de esto? Pedro no dice que el Señor nos llama a todos a salir en debates públicos contra ateos famosos. No obstante, debe haber algún sentido en que todo creyente pueda cumplir este mandamiento, contestando a cualquier persona con por lo menos una defensa básica y a la vez verdadera y sólida. Para poder hacerlo, es necesario que nos preparemos.

## 3. PREPARACIÓN PREVIA

Pedro habla de la responsabilidad que tenemos de capacitarnos para la apologética cuando dice que debemos estar «siempre preparados» para presentar una defensa de nuestra fe. Tenemos que adiestrar nuestras mentes y nuestros corazones.

### 3.1. *La mente*

Debemos tener una estrategia y unas respuestas pensadas antes del encuentro con el no-creyente. Si tuvieras que ir al tribunal para dar una defensa de tu inocencia ante una acusación, no entrarías con la idea de hablar de lo primero que te viniera a la mente. Prepararías tu defensa previamente. Lo mismo si fueras a hablar con tu jefe para pedirle un incremento de sueldo. Pensarías de antemano las razones por las que mereces este aumento, anticiparías las posibles excusas que tu jefe podría darte, y buscarías los argumentos más persuasivos. Si nos esforzáramos de esta manera para ganar un poco más de dinero anualmente, ¡cuanto más deberíamos esforzarnos cuando hay almas en juego!

Si es así, la apologética claramente requiere una labor intelectual. ¿Cuál es el rol del Espíritu Santo en esto? Alguno podría pensar que con tanto hablar de argumentos y estrategias estamos dejando de lado al Espíritu y confiando en nuestros propios recursos. Es cierto que la apologética puede convertirse en un ejercicio meramente

intelectual, pero no debe ser así. Precisamente necesitamos que el Espíritu nos ayude a desarrollar la parte intelectual de la apologética, principalmente de dos maneras. Por un lado, necesitamos que nos dé la disciplina para estudiar y el entendimiento necesario de la revelación bíblica para prepararnos bien. Por otro lado, necesitamos que el Espíritu intervenga y nos dé entendimiento e iluminación durante el encuentro con el no-creyente. Pero cuidado –lo que suele hacer el Espíritu cuando hablamos de nuestra fe es «sacar artículos que ya están en el almacén». Es decir, el Espíritu nos ayuda a recordar y nos trae a la mente textos bíblicos, ideas, e ilustraciones –incluso quizá algunos sobre los cuales no hemos pensado en años. ¿Quién de nosotros no ha tenido una experiencia de este tipo? Sin embargo, no debemos contar con revelaciones nuevas; es decir, el Espíritu Santo no traerá a nuestra memoria conocimiento repentino de un texto bíblico que nunca hemos estudiado ni leído, ni de un argumento que nunca hemos considerado ni oído, etc. De hecho, si así funcionara la apologética, la exhortación de Pedro carecería de sentido.<sup>2</sup>

### 3.2. *El corazón*

#### 3.2.1. Nuestro tono y disposición

No siempre es lo que decimos lo que resulta convincente. También importa *cómo* lo decimos. En el estudio de la apologética se habla mucho sobre argumentación, pruebas, evidencia, etc., pero no debemos olvidar un par de palabras que Pedro incluye en nuestro versículo lema: «estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia».

En el encuentro apologético debemos manifestar el fruto del Espíritu, el cual incluye gozo, paciencia, mansedumbre y templanza (Gá. 5:22-23). No deberíamos ser argumentativos ni orgullosos, queriendo ganar el debate como una victoria personal. De hecho, lo que estamos intentando ganar son personas. Deberíamos ser humildes, sabiendo que si no fuera por la gracia de Dios estaríamos también confundidos y perdidos en nuestros pecados. Además, debería ser evidente una preocupación sincera por las personas con las cuales hablamos. Es posible presentar una buena argumentación, pero si somos agrios y desagradables no seremos persuasivos.

¿Cuáles son algunas de las maneras prácticas en las que podemos mostrar respeto y preocupación genuina? Además de cuidar el tono de nuestro discurso, también podemos tener pequeñas muestras de amabilidad. Un ejemplo es el simple hecho de pagarles el café a nuestros interlocutores. Otro es dejar que nuestros «oponentes» tengan la última palabra en la conversación. Esto no es nada fácil, pero es una práctica muy buena porque así evitamos comportarnos de manera repelente. Es mucho más probable que si mostramos amabilidad y respeto, el no-creyente querrá hablar con nosotros en otra ocasión.

---

<sup>2</sup> Según Lucas 21:14, Jesús dice lo siguiente a sus discípulos mientras les da instrucciones acerca de cómo afrontar las persecuciones que les esperan: «Proponed en vuestros corazones no pensar antes cómo habéis de responder en vuestra defensa». ¿Contradice esto a 1 Pedro 3:15? Hay dos maneras de entender estos dos textos juntos. La primera sería tomar las palabras de Lucas 21 como una promesa de un don profético especial para los discípulos (como el don profético del AT –p. ej., Ex. 4:12). La segunda sería entender este dicho de Jesús como una exhortación a no depender de los argumentos e ideas de uno mismo, sino de la provisión de Dios. Esta provisión consiste en la «sabiduría» (v. 15), que se puede entender como la verdad de las Escrituras. Entendido así, el texto de Lucas no excluye el estudio de la Biblia con el fin de entender sus doctrinas para poder explicarlas y defenderlas ante el no-creyente.

### 3.2.2. El contenido de nuestra apologética

Además de lo expuesto anteriormente, también hay que preparar el corazón en otro sentido. Al principio de nuestro versículo lema, Pedro dice: «santificad a Dios el Señor en vuestros corazones». ¿Qué significa esto? Estas palabras tienen varias implicaciones. Una de ellas es que el argumento que presentamos, tanto en su forma como en su contenido, debería reflejar la señoría de Jesús en nuestras vidas. Él es nuestro rey; estamos a su servicio. La batalla es suya, no nuestra. Como soldados suyos, no podemos salir a la batalla y luchar de la manera más acertada según nuestros criterios. Debemos estar atentos a sus órdenes, y debemos seguirlas –incluso cuando parece que no son del todo lógicas desde nuestra perspectiva.

Es interesante observar que cuando encontramos la apologética practicada en la Biblia, los que presentan defensa normalmente parten de las Escrituras mismas. Ya hemos observado que Pablo discutía y razonaba con los judíos dentro y fuera de la sinagoga usando el Antiguo Testamento. Podríamos pensar que esta práctica solo servía para hablar con judíos no-creyentes, como eran los oponentes de Pablo. Nosotros hoy en día vivimos en una sociedad muy secular que no tiene nada de judía ni sabe nada de sus Escrituras. Se podría pensar que sería mejor dejar de lado la Biblia y sus contenidos para más adelante (¡de hecho, algunos piensan así!). Pero Pablo, aún cuando hablaba con paganos, llenaba su discurso con contenido bíblico. En Hechos 17 Pablo emplea verdades bíblicas cuando se dirige a los atenienses en el Areópago. Su discurso está lleno de alusiones y contenido del AT. Es cierto que Pablo sabe también lo que los atenienses ya piensan acerca de la divinidad. El apóstol usa estas ideas, incluso citando lo que parecen ser versos de poetas de aquel entonces (v. 28). Aún así, Pablo termina hablando del juicio final por Jesús y la prueba que Dios ha dado de este acontecimiento resucitándole de entre los muertos. ¡Contenido bíblico por todos lados!

¿Cabe esto en nuestra argumentación apologética de hoy? Si no, nos tenemos que preguntar si estamos siendo fieles a nuestro rey. No luchamos según la carne (2 Co. 10:4), sino que nuestras armas son espirituales y vienen de Dios (Ef. 6:11-20). Nuestro discurso apologético debe fundarse en el contenido bíblico porque, como soldados de nuestro Señor, dependemos de su revelación.

## 4. EL MÉTODO APOLOGÉTICO

¿Qué método podemos utilizar que sea fiel a nuestras presuposiciones cristianas y, a la vez, persuasivo para los no-creyentes? Sin entrar en los debates sobre las diversas metodologías apologéticas que existen, en este apartado señalaremos dos enfoques metodológicos que son imprescindibles.

### 4.1. *A la defensiva*

Debemos estar preparados para contestar preguntas y objeciones sobre todas las doctrinas principales del cristianismo (ver 2 Ti. 4:2). Tenemos que estar preparados para explicar la cosmovisión cristiana, junto con razones para aceptarla. En este sentido ayudamos al no-creyente a entender lo que la Biblia dice acerca de cualquier tema, intentando eliminar las objeciones que podamos –sobre todo las que se basan en malos entendidos. Se puede aprender lo básico para poder hacer esto en el contexto de los

ministerios de predicación y enseñanza en las iglesias locales, y estudiando teología y doctrina por nuestra cuenta.

Un ejemplo de la apologética defensiva es una respuesta bíblica a la objeción a la fe que suele llamarse el «problema del mal». La objeción va así: si Dios es bueno y todopoderoso, no debería existir el mal en el mundo. Como en el mundo claramente existe el mal, o bien Dios no es bueno, no es todopoderoso, o no existe. Es decir, el mal en el mundo contradice o imposibilita la existencia de un Dios todopoderoso y bueno. En respuesta a esta objeción, es necesario enfatizar que la Biblia no ignora el mal que hay en el mundo (1 P. 4:12; Stg. 1:2), sino que dice que Dios tiene un buen propósito para todo lo que hace (Ro. 8:28). No podemos saber siempre por qué las cosas pasan; no obstante, tenemos muchos motivos para seguir confiando en Dios en medio de cualquier circunstancia (Ro. 8:18). Además, al final de la historia, Dios erradicará el mal y se vindicará a sí mismo (Ap. 15:3-4). La existencia del mal en el mundo no es una contradicción dentro de la cosmovisión cristiana.

#### 4.2. *A la ofensiva*

Debemos amar al no-creyente lo suficiente como para mostrarle lo necio que es su forma de pensar (2 Co. 10:5). Muchos no-creyentes son muy inteligentes (¡muchas veces más que nosotros!) pero son necios en su rechazo a Dios (Sal. 14:1). El apologeta tiene la responsabilidad de mostrarles que su falta de fe les lleva inevitablemente a la irracionalidad. Los no-creyentes tienen que darse cuenta que su cosmovisión es vana, incapaz de darles conocimiento verdadero de ellos mismos, del mundo y de Dios.

Si el no-creyente no acepta la visión bíblica acerca del tema en cuestión, entonces le tocaría al apologeta pasar a la ofensiva, mostrándole que su manera de pensar acerca de las mismas cosas es autodestructiva. Siguiendo con el ejemplo del mal: la persona que niega la existencia de Dios se queda sin base racional para entender el mal. Es así porque si Dios no existe, todo lo que hay en el universo no es nada más que el resultado de colisiones de moléculas sin diseño, propósito ni sentido. De hecho, en tal tipo de universo, todo lo que ocurre no es más que un accidente detrás de otro. Realmente no se puede hablar del bien y del mal si no existe un Dios trascendente que define a ambos. Bajo la perspectiva atea, la objeción contra Dios partiendo del mal desaparece, y el no-creyente se queda con el problema de cómo explicar racionalmente su sentido de justicia e injusticia en un universo donde reina la casualidad. ¡De hecho, el instinto del bien y del mal que toda persona tiene es evidencia de la existencia de Dios y del hecho de que toda persona le conoce! (Ro. 1:18-21, 32; 2:14-15).

Dicho de otra manera, llega el momento en que hay que decirle al no-creyente – con mansedumbre y cuidado– que no es el cristiano el que tiene que defenderse, sino él. Es necesario que se dé cuenta que su forma de pensar es autodestructiva y le deja sin esperanza alguna. Tanto nuestros argumentos como nuestra actitud deben estar en sumisión a Jesús. Nuestra meta a la hora de enseñar al no-creyente acerca de su vana manera de pensar no es ganar el argumento, sino llevar a esta persona al arrepentimiento. Deseamos que deje su vana manera de pensar y que abraza la fe cristiana como el único camino de salvación y racionalidad.

## 5. LA APOLOGÉTICA Y EL EVANGELISMO

Si la meta del encuentro apologético es el arrepentimiento del no-creyente, es evidente que la apologética y el evangelismo sostienen una relación estrecha. ¿Cómo es esta relación? Muchos hoy en día suelen ver la apologética como un primer paso para poder llegar luego al evangelio. A menudo se piensa que este primer paso tiene más que ver con argumentos filosóficos o históricos, mientras que el evangelismo tiene que ver con la exposición bíblica. Sin embargo, la apologética y el evangelismo están más bien interrelacionados y son incluso inseparables, quizá como los dos lados de una misma moneda. Eso es por dos motivos.

Primero, no solamente debe ser expositivo nuestro evangelismo, sino también nuestra apologética. Lo que queremos defender es la cosmovisión cristiana, es decir, las verdades *bíblicas*. Si luchamos apologéticamente con las armas del Señor, y el arma principal es la Biblia misma, la exposición bíblica nunca debe estar ausente en el diálogo con el no-creyente. No es que no haya lugar para argumentos históricos y filosóficos; sin embargo, incluso estos deben presentarse conforme a los principios bíblicos. Además, si estudiamos la Biblia con la apologética en mente, encontraremos que ella anticipa, de una forma u otra, la gran mayoría de objeciones que escuchamos.

En segundo lugar, si estamos siendo fieles al Señor en cuanto al contenido de nuestro discurso, no podemos evitar el evangelio. Cuando miramos de defender, por ejemplo, la existencia de Dios, debemos dejar claro que es el Dios de la Biblia que estamos demostrando. No sirve de mucho que una persona llegue a la conclusión de que existe un «ser superior». Posiblemente tal deducción podría ser un paso hacia una fe más precisa, pero no es la meta. Debemos ser honestos desde el principio y dejar claro quién es este Dios cuya realidad comprobamos: el Dios de Jesucristo y del evangelio de la salvación por la fe solo en él. Al hablar de este Dios no podemos evitar evangelizar. Como vimos, Pablo en Hechos 17, hablando con gente que no tenía ni idea de la historia de la salvación, llegó a hablarles de Jesús. Es allí donde queremos llegar, porque el poder de Dios para salvación es el evangelio (Ro. 1:16-17). Es mejor exponer el evangelio lo antes posible en el encuentro con el no-creyente, para que lo escuche, y para que en la conversación se hable sobre el Dios verdadero que salva por su gracia.

## 6. CONCLUSIÓN

¿Por qué estudiar apologética? Porque se nos manda prepararnos para defender la fe. En este mandamiento vemos de nuevo la sabiduría de Dios, en este sentido: mientras más apologética sepamos, más ganas nos darán de ejercerla. La preparación previa para la apologética y el deseo de ponerla en práctica suelen ir ligadas. ¿Qué es lo que te impide compartir más tu fe? Uno de los impedimentos es el miedo de no saber contestar, de quedar en ridículo, de dar un mal testimonio. Si conseguimos estar más preparados, sentiremos más confianza para hablar de Cristo con no-creyentes y seremos más eficaces hablando de la razón de la esperanza que hay en nosotros.